

---

# Bibliográfica

---



---

## Reseñas de Libros

---

<http://dx.doi.org/IC.2005.01.12>

**FONG, MARY, & CHUANG, RUEYLING (eds.) (2004), *Communicating Ethnic and Cultural Identity*, Rowman & Littlefield Publishers, Inc., New York, etc.**

Cualquier profesor o estudiante interesado en la comunicación intercultural desde cualquiera de las ciencias sociales debería conocer esta obra, pues posee gran valor educativo: conjuga la exposición teórica con un amplio elenco de aplicaciones prácticas, donde priman los criterios pedagógicos.

La organización del libro es muy clara. Cada parte arranca con un sumario de su contenido, organizado por capítulos. A su vez, cada capítulo propone un conjunto de objetivos de aprendizaje, acompañados de una brevísima introducción y una serie de epígrafes que vertebran el desarrollo del tema. Como cierre, una breve recapitulación destaca las ideas más importantes y las conclusiones alcanzadas. A las notas y referencias bibliográficas sigue una tabla de términos-clave y una serie de cuestiones destinadas a la revisión y discusión de la materia. Esta misma estructura se repite en los veinticuatro capítulos que componen la obra.

El prefacio permite a las editoras delinear sin ambages su emplazamiento: cuáles son los condicionantes y estímulos de su trabajo. En este caso, se hallan asociados a la diversidad cultural de sus orígenes y contextos vitales. En la obra participan además otros veintiséis autores de distintos bagajes étnicos, aunque todos ellos vinculados a universidades estadounidenses, lo cual limita el alcance multicultural del proyecto.

A continuación, se presentan los principales objetivos del libro. En primer lugar, observar los procesos de negación, negociación o desplazamiento de las identidades étnicas o culturales, atendiendo a su complejidad, fluidez y ambigüedad. En segundo lugar, presentar las experiencias de diversos grupos, destacando cómo su interacción influye sobre su identidad.

Respecto a la metodología, es preciso reconocer su disparidad: este proyecto no pretende sistematizar, sino sólo ilustrar el terreno interdisciplinar en que confluyen los estudios actuales sobre identidad étnica y cultural. Así, utiliza la etnografía y la autoetnografía, el análisis textual –en ocasiones narratológico– y otras técnicas de carácter interpretativo-cualitativo actualmente comunes en las ciencias sociales. Cada capítulo explica con detalle los protocolos de investigación empleados y termina con una serie de referencias bibliográficas/hemerográficas muy especializadas y actualizadas, aunque casi exclusivamente anglosajonas. Algunas se repiten constantemente, en diversos capítulos. Apenas hay referencias on-line.

La primera parte (cinco capítulos) ofrece una introducción de unas ochenta páginas sobre los fundamentos teóricos de las investigaciones empíricas que el resto del libro desarrolla en trescientas páginas, estructuradas en cinco partes. Éstas se dedican sucesivamente al estudio de artefactos de diversas culturas (fotografía, iconografía, cine y rituales sociales/religiosos), expresiones verbales, comunidades socioculturales, experiencias de negociación identitaria y autoetnografías.

Los fenómenos analizados son siempre discursivos. En algunos casos, visuales: el álbum de fotos de una abuela japonesa (§6), la imagen de la Virgen de Guadalupe (§7) y el cine indio (§8). En otros, rituales: las bodas interreligiosas e interculturales (§9). También musicales (§16) y muy frecuentemente, verbales: a través de expresiones ambiguas –como el *pahiwatig* filipino (§10), o términos concretos –como *Nigga* (§11). La identidad de género se aborda asimismo desde una perspectiva lingüística (§12).

En ocasiones lo más interesante es el espacio de comunicación, por las posibilidades que encierra: un salón de belleza afroamericano (§14), una línea de transportes por carretera (§13) o un aula (§21). En espacios más amplios, como los territorios políticamente demarcados se estudia la trayectoria histórica, que en el caso de Chipre revela un duradero conflicto identitario (§18).

Cuando los protagonistas son directamente las personas se plantean debates entre pertenencias plurales –osage e india (§17), latina y estadounidense (§20), china y camboyana (§23). A veces, el problema consiste simplemente en comunicar la propia identidad étnica dentro un contexto ajeno, como sucede a algunos latinos en Estados Unidos (§15). Se puede llegar a hablar de etnias híbridas: francoamericana (§19), asiamericana (§22) o afroamericana, ya mencionada (§14). Otras veces es cuestión de grados: un poco negro, pero no tanto (§24). La conclusión resulta contundente: todos somos en alguna medida perpetuos extranjeros en busca de nuestra identidad.

Como se ha indicado al principio, se trata de una obra plural, una colección de investigaciones que podría pecar de dispersión si no fuera por el esmero de las editoras en presentar su marco teórico-conceptual y estructurar las distintas aportaciones de modo similar, a partir de criterios didácticos. Sólo se echa en falta un balance final que recapitule las conclusiones de los diferentes capítulos y subraye la coherencia de la obra.

MARÍA DEL MAR LLERA LLORENTE

**HEPBURN, A. C. (2004): *Contested Cities in the Modern West*, Palgrave Macmillan, New York.**

A. C. Hepburn cultiva una de las líneas más vanguardistas de la historiografía actual: el análisis comparativo de los conflictos étnicos en un conjunto de ciudades “contestadoas”. El adjetivo califica aquellos núcleos urbanos donde varios grupos –diferenciados por su cultura, lengua, religión o memoria histórica- se disputan la supremacía en el poder. Una

de las razones por las cuales las ciudades contestadas atraen fuertemente la atención del investigador es que suelen ser objeto de particular intervención por parte del Estado o de la comunidad internacional.

De este modo, lo que otros autores reducen a un elenco de datos sobre acontecimientos cronológicos es aquí un estudio de las prácticas comunicativas de una serie de comunidades en estrecha coexistencia, con sus logros y sus fracasos.

El proyecto no oculta, pues, el sesgo axiológico característico de toda investigación social que sabe reconocer su propio emplazamiento. Los siete capítulos de la obra hablan de contestación —en algunos casos pacífica (Bruselas) y en otros prácticamente inapreciable (Barcelona, Estrasburgo)—, sometimiento (Danzig, Gdańsk), resistencia (Trieste), reconquista pacífica (Montreal) y fracaso o violencia (crónica en el caso de Belfast, bélica en el caso de Jerusalén). Ningún caso es idéntico a los demás: cada uno es un efecto singular de todo tipo de factores y acontecimientos históricos, prácticas socioculturales, intervenciones humanas e incluso caprichos del azar.

Las conclusiones del libro subrayan el carácter socialmente construido de toda etnicidad: ningún rasgo es de suyo determinante, pero cualquiera puede llegar a serlo en determinados contextos de interacción y en función de ciertos objetivos.

Así, por ejemplo, las diferencias religiosas entre las dos comunidades enfrentadas en Belfast carecen de relevancia práctica: las raíces del conflicto son más bien nacionalistas, proceden de divergentes interpretaciones de la historia, de contrapuestas memorias colectivas. En el caso de Jerusalén la religión desempeña un papel importante, pero no se debe olvidar el laicismo de muchos líderes políticos y del movimiento sionista. De ahí que los auténticos detonadores del conflicto árabe-israelí sean los intereses sociales, económicos y políticos que acentúan las diferencias religiosas, étnicas, culturales y lingüísticas como herramientas de confrontación.

En contraste con la religión, que conlleva una fuerte carga moral y concierne tanto al ámbito público como al privado, la lengua no implica las conciencias y no puede desarrollarse privadamente: toda identidad etnolingüística posee un peculiar carácter comunitario que alienta la lucha por la hegemonía en muchas ciudades. Dentro de ellas, las constelaciones del poder en cada lugar de trabajo, cada ámbito de convivencia, cada práctica social o cada contexto legislativo condicionan las preferencias lingüísticas.

La urbanización es un rasgo distintivo del mundo moderno: todo grupo étnico necesita una ciudad para proclamar su identidad cultural. En este sentido, las metrópolis contestadas poseen un estatus ambivalente: son la plataforma desde la cual se impone la cultura hegemónica y, precisamente por ello, objeto a la vez de codicia y rechazo por parte de las culturas oprimidas. Las ciudades son también lugares de partición o demarcación étnica mediante costumbres, edificios, mitos y toda otra clase de elementos significantes: en ellas acontece una auténtica batalla simbólica.

El grupo que aspira al dominio puede intentar asimilar, marginalizar o encerrar en un gueto al otro grupo. Y éste puede responder procurando lo mismo respecto a su adversario o aceptando la asimilación, en algunos casos la coalición. Cabe buscar una fórmula de convivencia pluralista, aunque ésta sea sólo una solución transitoria; también cabe el quietismo de las minorías. La valoración de la situación y las estrategias evolucionan con el tiempo, de ahí el interés de la contemporánea historiografía por los conflictos interétnicos.

Estos hallazgos esclarecen el principal interrogante del libro: ¿cuál es el impacto específico del medio urbano en los conflictos étnicos? Es un impacto paradójico. Las ciudades atraen a una amplia diversidad de grupos étnicos, que se distinguen y clasifican por estratos ocupacionales y sociales, consecuencia de la división y especialización del trabajo. Sin embargo, al entrar en contacto con otros, esos grupos compiten y cooperan en una dinámica simultáneamente diferenciadora y homogeneizante. Las exigencias comunicativas intergrupales contrastan entonces con la necesidad de preservar la propia identidad étnica, que se experimenta más agudamente precisamente cuanto más estrecha es la comunicación. La cercanía interétnica suele provocar la hostilidad o al menos la contestación.

MARÍA DEL MAR LLERA LLORENTE

**JANDT, Fred E. (ed.) (2004): *Intercultural Communication. A Global Reader*, Sage, Thousand Oaks (California), etc.**

La editorial Sage engrosa con esta obra su amplio listado de referencias sobre comunicación intercultural. El título es muy prometedor y su editor —F. Jandt— ya se dio a conocer con *An Introduction to Intercultural Communication: Identities in a Global Community*, que va por su cuarta edición. Aunque abunden las firmas norteamericanas, destaca la diversificada procedencia de los cincuenta y dos autores que participan en el proyecto, comenzando por el célebre Claude Lévi-Strauss y terminando por Wole Soyinka, premio Nobel de literatura en 1986.

Ahora bien, quizá es ésta la razón de la dispersión epistemológica y temática del volumen: las contribuciones difieren tanto por su calidad, como por su metodología y contenido. Sólo es claro el tema de cada una de las partes, descrito en una breve introducción que presenta también a quienes reflexionan sobre (1) valores culturales, (2) lenguaje, (3) identidades, (4) convivencia pacífica, (5) colonización y globalización.

Lamentablemente, no se percibe claramente la lógica del conjunto. Se echa de menos una visión de la comunicación intercultural suficientemente amplia y compleja, que ubique la obra en el panorama actual y explique el propósito comunicativo —nunca más oportuno— de su editor. Tampoco existe un balance final, una síntesis o abanico de conclusiones que permita hilvanar las distintas secciones de la obra con una cierta coherencia, sin lo cual se desdibuja ese “global reader” a quien supuestamente interpela el proyecto.

Los treinta y seis artículos que componen el libro son reimpressiones a partir de diversas revistas científicas. El capítulo (1.1) ilustra las directrices antropológicas de Lévi-Strauss, a caballo entre dos epistemes, con una constante ambivalencia que en otros puede indicar debilidad, pero que en él expresa crecimiento, evolución y sutileza intelectual. Su mensaje es complejo: urge valorar positivamente las diferencias culturales; no existen culturas inferiores. Pero algunas conductas colectivas favorecen el aislamiento y, por tanto, el estancamiento, la falta de competitividad y la derrota en de unas culturas frente a otras en situaciones de amenaza.

El capítulo 1.2 analiza las culturas organizacionales en diversos países, a partir de cinco dimensiones: distancia de poder, grado de individualismo/colectivismo, masculinidad/feminidad y tolerancia respecto de la incertidumbre. El mismo tipo de cultura es abordado en el epígrafe 1.4 sobre la gestión de conflictos desde la perspectiva tailandesa. El impacto de Internet en las orientaciones axiológicas de la sociedad china es objeto de la investigación 1.7. Los valores asiáticos están también presentes en otros artículos, como el 1.6 sobre las prácticas sociales argumentativas en Hong Kong, China y Taiwan; o el 1.5, sobre taoísmo y budismo como herramientas en la comunicación interpersonal. Los restantes epígrafes se desgajan de este conjunto al abordar aspectos completamente independientes: la comunicación en los viajes aéreos (1.3) y los fundamentos de la cultura norteamericana (1.8).

La segunda parte del libro se dedica al lenguaje, comenzando por la Babel mundial (2.1) y prosiguiendo con los discursos de grupos culturales procedentes de los cinco continentes. Interesan el poder de la palabra africana (2.2), el discurso México-americano en Biola (California) (2.3), las estrategias de cortesía en Corea (2.4), la comunicación *on-line* entre coreanos y australianos (2.5), las preferencias lingüísticas *on-line* de los ciudadanos egipcios (2.6), la educación de la etnia maorí en Nueva Zelanda (2.7), y las expresiones homofóbicas que utilizan los estudiantes británicos de secundaria (2.8).

Es evidente que estos capítulos no guardan relación entre sí; como se ha dicho, sólo comparten una misma categoría genérica: el lenguaje. Pero es interesante que las conclusiones estén avaladas por una rigurosa investigación empírica cuantitativa-cualitativa. Los dos análisis dedicados a las prácticas discursivas *on-line* tienen además el valor de la novedad, pues se trata de un ámbito en constante transformación donde las investigaciones son todavía muy incipientes. En otras secciones de la obra también aparecen epígrafes que implican las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, según iremos comentando.

La tercera parte aborda la cuestión de las identidades: plurales, imaginadas, construidas, reforzadas y reinventadas. Respecto a ellas, el papel de las escuelas, los medios y los encuentros cotidianos es tan importante como el de los propios estudios sociales, según explica el propio F. Jandt y su colega V. Tanno en el capítulo 3.1. Aquí se ilumina el proceso denominado "othering" –hacer otro, enajenar o alienar-, mediante el cual un grupo social crea y califica a otro grupo como inferior, basándose en algún aspecto concreto de su identidad: el "nosotros" genera el "ellos". Ante lo cual, urge diseñar *decolonizing methodologies*, como indica una obra de Tuhiwai Smith (1999): los investigadores sociales deben decodificar la dominación y codificar la autodeterminación. En este sentido, el capítulo 3.7 cuestiona las

teorías occidentales sobre competencia comunicativa en el ámbito interpersonal, a partir de la cultura japonesa. Ésta contrasta también con la cultura china en algunos aspectos, objeto de atención en el capítulo 3.8.

El problema de las culturas nacionales aparece en el relato autoetnográfico de una inmigrante iraní en los EE.UU. (3.3), en la identidad fronteriza estadounidense-mexicana de Cameron County (Texas) (3.4), o en el ciberespacio donde se expresan los latinos (3.5). Por otra parte, el capítulo 3.2 aborda la identidad de género. Y el 3.6 aplica los presupuestos del interaccionismo simbólico a la publicidad que Nike dirige a la población negra. Sin duda, un variado elenco de cuestiones.

La cuarta parte aparece cargada de sentido político: la comunicación es aquí considerada una herramienta para la convivencia pacífica. Ello implica interculturalidad tanto en el ámbito de las artes escénicas –música, danza, teatro–, como en la filosofía (4.2) y en la legislación sobre los derechos humanos, incluidos los de la mujer (4.3). Es preciso soslayar los peligros de una pretendida retórica intercultural que ofrece soluciones ideales para problemas que los afectados ni siquiera se han planteado y que exporta modelos de desarrollo, crecimiento y bienestar de modo ilegítimo (4.1). Sólo así cabe vislumbrar algún tipo de comunicación positiva en regiones tan conflictivas como Oriente Medio (4.5) o Centroamérica (4.4).

Finalmente, se abre una sección dedicada a los estudios posculturales en el marco de la globalización, que promueve paradójicamente tanto la integración como la desintegración cultural. El capítulo 5.1 retoma la dimensión comunicativa del arte –en este caso literario– al reproducir el discurso de Wole Soyinka cuando recibió el premio Nobel. La democracia, el mercantilismo y las políticas del consumismo son objeto de los artículos 5.2 y 5.3. La educación universitaria y la informatización ocupan los apartados 5.4 y 5.5. El último epígrafe (5.6) observa las nuevas amenazas globales –especialmente el terrorismo– y propone interesantes alternativas a la política estadounidense.

Como se ha dicho varias veces y como es habitual en colecciones de este tipo, el conjunto se caracteriza por una gran dispersión epistemológica y temática. Pero el contrapeso de este rasgo negativo es la avidez intelectual que irresistiblemente provoca un surtido de trabajos tan variado.

MARÍA DEL MAR LLERA LLORENTE

**BARRERA DEL BARRIO, Carlos (coordinador) (2004): *Historia del Periodismo Universal*, Ed. Ariel, Barcelona.**

Es ya un lugar común afirmar que la creciente relevancia adquirida por los medios de comunicación en el seno de las sociedades desarrolladas ha otorgado a éstos un espacio privilegiado dentro del ámbito de la ciencia histórica. En efecto, el importante papel desem-

peñado por los medios en la organización de la sociedad y en la configuración de las mentalidades colectivas ha contribuido, a lo largo de los últimos años, a acentuar la necesidad de abordar el estudio de los diversos medios de comunicación desde una perspectiva central, lo cual equivale a considerarlos no sólo como meras fuentes de conocimiento, sino como objeto de la investigación histórica.

De este modo, al calor de esta creciente tendencia a “historificar” la prensa, ha ido desarrollándose lo que conocemos como Historia del Periodismo o Historia de la Prensa, una disciplina que genera estudios y trabajos tan notables como el aparecido recientemente bajo el título *Historia del Periodismo Universal*. Este manual, elaborado por trece investigadores de universidades españolas y latinoamericanas bajo la coordinación del profesor Carlos Barrera, aborda de forma clara y sistemática el proceso de evolución histórica experimentado por el periodismo desde sus orígenes hasta la actualidad, dedicando una especial atención a las particularidades del desarrollo histórico de la prensa en América Latina y, por supuesto, en España.

Al carácter sistemático y didáctico de este manual contribuye, sin duda, la acertada estructuración de los contenidos, en función de la cual se establecen dos grandes bloques claramente definidos. El primero de ellos engloba los cuatro primeros capítulos del libro en los que Jaume Guillamet, José Javier Sánchez Aranda, Patricio Bernedo y el propio Carlos Barrera abordan el desarrollo del fenómeno periodístico desde sus primeras manifestaciones hasta su consolidación y popularización, a finales del siglo XIX, bajo la égida del liberalismo y al calor de la naciente libertad de prensa. Más extensa aún es la segunda parte de la obra, en la que Ingrid Schulze, Isabel Fernández, Elisa Chuliá, Carlos Barrera, Rosa Zeta de Pozo, Fernando Ruiz, Silvio Waisbord, Ricardo Martín de la Guardia y María Ángeles Cabrera dedican sendos capítulos a desgranar los aspectos más relevantes de la evolución histórica del periodismo a lo largo de todo el siglo XX.

De este modo, los dos primeros capítulos de esta *Historia del Periodismo Universal* proporcionan una perspectiva general del periodo comprendido entre la aparición de las primeras formas de periodismo y el despegue de la nueva prensa informativa en los principales países occidentales a finales del siglo XIX, que marca el camino de la evolución hacia el modelo de periódico industrial y de masas. Asimismo, el análisis de esta amplia etapa histórica se completa con la aportación de los capítulos III y IV, donde se abordan los principales aspectos del proceso de modernización que experimentó el periodismo en España al calor del avance de las doctrinas liberales durante el siglo XIX, así como las circunstancias relativas al nacimiento y desarrollo de la prensa de las distintas repúblicas latinoamericanas antes y después de su emancipación de la metrópoli española.

Por otro lado, el segundo gran bloque de este manual arranca con el exhaustivo análisis que la profesora Schulze hace de la evolución experimentada por la prensa escrita en Estados Unidos, Francia, Alemania y Reino Unido desde los albores del convulso siglo XX hasta nuestros días, un tema que engarza perfectamente con el contenido del capítulo VI, dedicado al nacimiento, desarrollo y consolidación de la radio y la televisión, a la sazón,

los otros dos grandes medios de comunicación de masas que configuran lo que conocemos como la sociedad de la información.

Por otra parte, y a pesar de que Ingrid Schulze apunta en el mencionado capítulo V algunas cuestiones relativas al panorama de la prensa alemana durante la etapa del nazismo, el capítulo VI de este manual está íntegramente dedicado al estudio y descripción de los distintos modelos de control informativo articulados en el marco de los regímenes totalitarios que prosperaron en la Europa del siglo XX, centrándose especialmente en el análisis de los principales aspectos de la evolución de la prensa, la radio y el cine en el contexto del fascismo italiano, del nacionalsocialismo alemán, del comunismo soviético, de la dictadura franquista y del régimen salazarista en Portugal.

El capítulo dedicado a la sociedad de la información en España durante el siglo XX y los primeros años del nuevo siglo XXI corre de nuevo a cargo de Carlos Barrera, quien aborda la evolución de los medios de comunicación en nuestro país desde el “Desastre del 98” y el comienzo de la era del periodismo industrial y de masas, hasta las más recientes transformaciones operadas en el panorama de los medios audiovisuales. Asimismo, las aportaciones realizadas por el profesor Barrera en el capítulo VIII se completan con la visión que, desde el otro lado del Atlántico, ofrecen Rosa Zeta, Fernando Ruiz y Silvio Waisbord acerca de la historia de la prensa, la radio y la televisión en América Latina desde las primeras décadas del siglo XX hasta la actualidad, un estudio que dichos autores dividen en dos apartados dentro del capítulo IX: uno relativo al desarrollo y consolidación de los medios en los principales países de Iberoamérica durante el periodo comprendido entre 1918 y 1975, y otro dedicado a los avatares del periodismo latinoamericano en el contexto de la transición política que, a mediados de la década de los 70, marcó, en la mayoría de aquellos países, el final de las dictaduras militares y el comienzo de la era democrática actual.

Finalmente, tras el análisis que, en el capítulo X, Ricardo Martín de la Guardia hace de las transformaciones operadas en el contexto informativo de los países de la Europa del Este al calor del proceso de transición hacia la democracia iniciado a raíz del derrumbe del bloque soviético, la obra que coordina el profesor Carlos Barrera se cierra con el capítulo que María Ángeles Cabrera dedica a las principales consecuencias de la irrupción en el panorama periodístico de la prensa digital y, en general, de las nuevas tecnologías de la comunicación y la información.

En definitiva, podemos afirmar que esta *Historia del Periodismo Universal* cumple sobradamente el objetivo que Jesús Timoteo plantea en su introducción, es decir, el de proporcionar a los lectores una amplia y detallada visión de la evolución histórica experimentada por los medios de comunicación desde las formas originarias del periodismo hasta la prensa la prensa digital de nuestros días.

**CONTRERAS, Fernando y SIERRA, Francisco (coords.) (2004): *Culturas de guerra*, Ediciones Cátedra, Madrid.**

Desde que, en 1991, durante la “primera entrega” de la guerra en el Golfo Pérsico, CNN nos prometiese la guerra en directo, han sido muchos los estudios que se han publicado sobre la información en tiempos de conflicto armado, así como acerca del propio fenómeno de la guerra y la violencia simbólica que encierra.

En esta línea podríamos incluir al libro coordinado por los profesores de la Universidad de Sevilla Fernando Contreras y Francisco Sierra. *Culturas de guerra* recoge, desde un punto de vista académico y pluridisciplinar, las reflexiones de dieciséis autores sobre un fenómeno, el de la violencia simbólica, tan variopinto y multidimensional como el propio conflicto social. Se trata, según los autores, de abordar “el papel central de los medios de comunicación en las formas modernas de conflictividad y confrontación bélica o, por el contrario, los usos alternativos de los medios al servicio de una cultura de la paz y la tolerancia” (p.10). De hecho, poner a los medios al servicio de la paz y la tolerancia es hacer política y también matizar la máxima de Hobbes: el hombre es el lobo del hombre. El conflicto es inevitable y siempre creador. Hegel afirmaba que el espíritu se hace verdad sólo a través de la guerra y de la lucha; pero la guerra es, por encima de todo, horror y fracaso humano.

*Culturas de guerra* nos ayuda a entender el fenómeno desde diferentes perspectivas: podemos partir de la idea marxista del conflicto como motor social (César San Nicolás, pp.123-124) o verlo, siguiendo esta interpretación, como un organizador de transiciones sociales entre el desorden y el orden (Juan M. Aguado, p.256); pero en nuestros días, hay una dimensión del conflicto que ha cobrado una importancia muy especial: es la dimensión mediática, la transmisión en directo de la guerra. Esto se hace especialmente patente cuando la violencia internacional toma la forma de marca comercial: “la guerra contra el terrorismo”. Esta forma de franquicia simbólica de la violencia hace que las guerras tocadas por ella y en las que interviene su gran mentor (hoy, el gobierno estadounidense), ocupen las portadas y el *prime time* informativo de buena parte del mundo.

En esta situación internacional, “las infraestructuras de telecomunicaciones son la base logística de producción de la hegemonía (...) En las nuevas formas de guerra (...) la victoria se dirime en la capacidad de destrucción y dominio de los sistemas de información” (Francisco Sierra, pp. 72-73). Efectivamente, el componente industrial y el propagandístico, siempre fundamental en tiempos de conflicto bélico, se hace aún más presente debido al alcance de las nuevas redes de telecomunicaciones. Pero, ¿ha cambiado de forma relevante la relación comunicación-guerra? Si echamos la vista atrás podríamos llegar a la conclusión, con Alejandro Pizarroso, de que “no hay nada nuevo bajo el sol, o más bien muy poco” (p.18).

Pero sí se ha producido un cambio de escenarios. La superabundancia de información en la parte del mundo que toma las decisiones ha hecho que se recrudezca la batalla “por los corazones y las mentes”, y que la organización de la propaganda evolucione, adaptándose a las nuevas redes de información. En ocasiones, la red ha sustituido a la organización piramidal de la propaganda tradicional. Nuestra percepción de lo que ocurre en el mundo es esencialmente mediática, y los medios se convierten en productores de imaginarios, dando sentido a la pregunta que se hace Cé-

sar San Nicolás sobre hasta qué punto lo único “real” que tenemos es precisamente vivir a base de dichos “imaginarios” (p.128). Las guerras son una realidad cruel y tangible, el problema está en su justificación pública tomando como axiomas esos imaginarios. *Culturas de guerra* nos ayuda a comprender esta terrible característica de nuestro mundo.

Si bien los canales y las formas de organización han evolucionado en buena medida con la aparición de las nuevas tecnologías, los mensajes de la actual propaganda de guerra han cambiado poco con respecto a sus “antepasados”. Agustín García (pp. 354-355) cita el decálogo de la propaganda belicista planteado por Arthur Ponsaby y, más recientemente, por la historiadora Anne Morelli... y claro, se nos hace tremendamente familiar, especialmente en algunos puntos como los que sentencian que nuestro bando *no quiere la guerra, es el adversario (personificado en la figura de su jefe) quien ha empezado*; o, mejor aún:

“Todos aquellos que ponen en duda el carácter sagrado de la contienda o cualquier otro aspecto de la propaganda de guerra son traidores” (p.355).

Otra cosa es el aspecto tecnológico y militar del conflicto armado: “El éxito de las operaciones militares dependerá, cada vez más, de la capacidad de alcanzar la superioridad en materia de adquisición de información sobre un adversario en los niveles estratégicos y operacional” (Francisco Marín, p. 337). Esta perspectiva militar convierte en aún más estratégico el componente informacional de la guerra, lo que nos debe alertar sobre la posible visión deformada de que la tecnología elimina la violencia en asuntos humanos (Fernando Contreras, p.276). No es así; y se hace necesario, también en el mundo académico, aceptar la invitación a la reflexión que nos plantea el profesor Vázquez Medel: ante la propaganda y los mensajes simplistas, se impone una llamada al pensamiento complejo y, ante la diferencia... tolerancia y reivindicación de lo común, lo humano (pp. 104-110).

Pero si bien es en la guerra donde tenemos la oportunidad de observar en toda su pureza las más diferentes formas de violencia simbólica, ésta permanece y con ella convivimos en nuestra cotidianidad. Una violencia que, usada como método para subir las audiencias, nos acompaña a diario en formato de noticia televisada mientras almorzamos; o la violencia por la violencia, como la del conductor suicida, provocada, según Gerard Imbert, por la pérdida del respeto a la muerte y conciencia de los límites.

*Culturas de guerra* es un buen punto de partida, necesariamente plural en su perspectiva, para adentrarse en el conocimiento de un fenómeno con mil caras, el de la violencia simbólica, que hay que conocer y, hasta donde se pueda, combatir... ¿Cómo? Las últimas páginas de *Culturas de guerra* apuestan por la educación para la comunicación, que debe contar con la colaboración activa de todos los actores sociales implicados (docentes, empresarios de la comunicación, autoridades políticas,...) y que debe tender a la recuperación de la memoria, la crítica y el debate. En definitiva, “conseguir que la sociedad salga de su letargo y reivindique una recuperación de los espacios de libertad perdidos” (Agustín García, p.370).

¿Difícil? ... Sin duda.

**MARTÍNEZ RUS, Ana (2003): *La política del libro durante la Segunda República. Socialización de la lectura*, Trea, Gijón.**

Desde un punto excéntrico en relación a los habituales centros editoriales del país –Gijón –, la editorial Trea viene completando en los últimos años una colección de textos académicos sobresalientes. En su catálogo ([www.trea.es](http://www.trea.es)) figuran dos líneas fundamentales: por un lado, textos técnicos sobre biblioteconomía, archivística y documentación; por otro, Trea ha dedicado sus esfuerzos a difundir en España los logros ya consumados de la Historia de la Lectura, traduciendo clásicos que aún no habían aparecido en español (*Historia y poderes de lo escrito*, de Henri-Jean Martin) o editando los trabajos de especialistas españoles como Antonio Castillo Gómez (*Historia de la cultura escrita; La conquista del alfabeto. Escritura y clases populares*) y el grupo de investigadores de la Universidad de Alcalá de Henares que trabajan bajo su dirección. Una de sus últimas aportaciones es el trabajo de Ana Martínez Rus, *La política del libro durante la Segunda República. Socialización de la lectura*.

¿Cómo y en qué medida influyó el régimen democrático de la Segunda República en el mundo del libro? Una sola pregunta para toda una respuesta, la que realiza Ana Martínez Rus con soltura y exactitud en más de quinientas páginas. Tinta vivaz y rigurosa, en suma, que reconstruye la República incomparable, sin parangón, tan preocupada por las cuestiones culturales, tan denodadamente interesada en extender la instrucción y la cultura a todos los ciudadanos del país, que no en vano la llamaron la República de profesores e intelectuales.

Pero éste sólo es el pretexto, el punto de partida, de la obra que pone a disposición del lector Ana Martínez Rus (Madrid, 1971; doctora en Historia por la Universidad Complutense de Madrid; especializada en la historia de la edición, del libro y de la lectura). *La política del libro durante la Segunda República* es su primera obra individual, completamente suya, un espléndido esfuerzo de recopilación documental que ha alumbrado un trabajo tan sugerente como ameno y novedoso.

La autora se propone verificar, analizar y cuantificar la política cultural de la República a través de la circulación del libro en la sociedad. Y lo hace con acierto al abordar su doble vertiente económica y cultural, de mercancía por un lado y de instrumento básico de educación, cultura y socialización política, por otro. Fruto de una minuciosa e inteligente tarea de investigación bibliográfica, archivística y documental, la obra deja al desnudo el conjunto de acciones oficiales y particulares desarrolladas para la difusión del libro en la sociedad española de la época. Su análisis, además, no se queda en las iniciativas estatales de promoción de la lectura pública, sino que abarca también las estrategias de editores y libreros en la producción, distribución y venta del libro. Así lo expresa la propia autora:

El régimen de libertades y el sistema democrático de la Segunda República facilitaron la divulgación del libro y la promoción de la lectura pública en la sociedad española, con la publicación de todo tipo de obras y el establecimiento de bibliotecas públicas abiertas a todos los ciudadanos. Además, el ambiente institucional proclive al libro y a la extensión de la cultura impulsó a editoriales y librerías a desarrollar actividades como las ferias del libro y el camión librería que acercaron las obras a los compradores.

Ana Martínez Rus reúne abundante información y establece, con la seguridad y el respaldo que otorgan los datos, algunas tesis que aspiran a renovar visiones muy arraigadas de la política cultural durante la República. Por ello, lo que realmente engrandece a esta obra, y lo que realmente la convierte en un estudio de consulta obligada, es su detallado análisis sobre la recepción y la repercusión de esta novedosa política cultural. Tal y como atestigua su autora, “no basta con la creación de bibliotecas o con la celebración de ferias para difundir el libro, hace falta que el lector y el comprador acudan a la cita”. Su lectura, por tanto, es aconsejable para quienes se interesan por la historia de la lectura pero desde la perspectiva de la recepción, del lector-consumidor de libros, y para los estudiosos de la realidad socio-cultural de la España republicana.

El marco cronológico y espacial de la obra está bien definido. Muchos han sido los estudios realizados sobre la dinámica política de la Segunda República, ocupándose de los partidos, las elecciones, la Constitución o los dirigentes más destacados. En todos o en casi todos, se ha vinculado en exceso el período republicano con la guerra civil, como si la República dependiera y preludiara indefectiblemente el conflicto bélico, y se han obviado realizaciones y experiencias muy valiosas, como la socialización del libro y de la lectura que tan acertadamente aborda ahora Ana Martínez Rus.

La investigación, por otra parte, se apropia de una metodología multidisciplinar que aúna la historia política e institucional con la historia social de la lectura a partir de las formas de circulación de lo impreso. No se trata tanto de un análisis institucional de la lectura como de estudiar la proyección social y su recepción. Trasciende el ámbito legislativo, descriptivo y formal para adentrarse en una historia cultural que habla de consumidores y lectores, de experiencias y prácticas de lectura. No se agota, por tanto, en las disposiciones oficiales ni en los debates corporativos de los profesionales, sino que se proyecta metodológicamente en la historia sociocultural. Se trata, en definitiva, de mediar, cuantificar y valorar cualitativamente el fenómeno lector republicano, en sus prácticas, en la circulación de libros y en la consideración social del libro mismo, así como en aquellos espacios donde se desarrolló su lectura y su compra, las bibliotecas y las calles. Con palabras más acertadas, no obstante, lo dice Ana Martínez Rus:

El mayor logro fue la generalización del concepto de la biblioteca pública y gratuita para todos los ciudadanos como un derecho más, propio de un régimen democrático. Así se superó el concepto paternalista de biblioteca popular destinada exclusivamente a las clases trabajadoras con carácter regenerador.

Así pues, la autora se aproxima a cuestiones metodológicas y a instrumentos de análisis de la historia de la lectura y de la edición, a la hora de estudiar las estrategias de editores y librerías, así como las experiencias de los lectores. Este enfoque pertenece a la nueva historia sociocultural que se ha abierto paso tras la crisis de los paradigmas dominantes como el marxismo, el estructuralismo o el funcionalismo. Al ocuparse de la socialización cultural del libro durante la República, Ana Martínez Rus realiza una aportación decisiva, puesto que en España la historia de la edición y de la lectura permanecen aún en pañales; hasta

ahora las contribuciones habían sido dispersas, parciales, y se habían hecho desde múltiples disciplinas.

Fiel a esa exigencia metodológica, el libro se estructura en seis apartados interrelacionados, donde se analiza la política del libro durante los años treinta. En primer lugar, aborda la política bibliotecaria oficial y la promoción de la lectura pública, analizando la situación que se encuentra la República en materia bibliotecaria y el cambio que imprimió a las bibliotecas públicas.

La vida de las bibliotecas públicas se vio afectada por los conflictos ideológicos y socioeconómicos de los pueblos. La biblioteca se convirtió en un arma de revancha política entre las derechas y las izquierdas. En general, los municipios republicanos y socialistas defendieron y apoyaron las bibliotecas, mientras que los ayuntamientos gobernados por las derechas tendieron a limitar su acción, ya que se opusieron a ellas como a otros derechos laborales y sociales que implantó la República.

A continuación se acerca al mundo editorial y librero para analizar las características de los negocios, así como de las relaciones profesionales existentes entre estos dos gremios protagonistas de la producción y difusión del libro. Un capítulo muy interesante es el referido a las estrategias de las editoriales en la exportación del libro a los mercados americanos. Por último, desgana las iniciativas desarrolladas por los profesionales que contribuyeron a la socialización del libro, como las ferias madrileñas, las exposiciones temáticas y los camiones-librería de la Agrupación de Editores, sin olvidar la reacción del público en consonancia con los nuevos derechos adquiridos.

Asimismo, la investigación se nutre de diferentes fuentes de información y, a pesar del vacío documental existente sobre el período republicano, por las vicisitudes de la guerra y la depuración franquista posterior, Ana Martínez Rus ofrece en su obra datos inéditos sobre la Junta de Intercambio y Adquisición de Libros, las compras públicas de libros, las bibliotecas de Misiones Pedagógicas y las municipales, o las condiciones en que se realizaba el comercio librero con América.

La obra también se hace eco en sus páginas de una manida máxima (“Más vale una imagen que mil palabras”) e incluye un amplio y esclarecedor álbum de fotografías, formado por 48 instantáneas de la época que recogen la presencia del libro en la calle, así como diferentes prácticas lectoras. Las imágenes proceden del fondo del Ministerio de Cultura, de la sección de Prensa Gráfica Nacional y del Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares. Captan, en resumen, distintos momentos de las ferias del libro de Madrid desde 1933 hasta 1936, del camión librería de la Agrupación de Editores Españoles en 1935 y de la venta callejera en diferentes ciudades españolas, y acercan al lector a las salas de lectura de las bibliotecas públicas, a sus usuarios e instalaciones.

En definitiva, un libro de consulta obligada para los estudiosos de la historia de la lectura y de la política cultural de la República por la oportunidad de conocer documentadamente ciertas cuestiones hasta ahora inéditas y por el caudal de información que atesora.

A modo de digresión, baste apuntar que, en la actualidad, Ana Martínez Rus ha dado un paso decisivo en su andadura como investigadora, puesto que se halla enfrascada en desenrañar la política del libro durante el franquismo. En su caso, si continúa por la misma senda que en este libro, invalidará el dicho de que las segundas partes nunca fueron buenas./

FRANCISCO BAENA SÁNCHEZ.

**GARCÍA GUTIÉRREZ, Antonio (2004): *Otra memoria es posible. Estrategias descolonizadoras del archivo mundial*. Universidad de Sevilla, La Crujía Ediciones, Buenos Aires., 208 p.**

Antonio García Gutiérrez, Catedrático de Periodismo de la Universidad de Sevilla, es, en la actualidad, uno de los más destacados expertos en la investigación y experimentación de los procedimientos documentales de análisis, representación y lenguajes documentales.

*Otra memoria es posible: estrategias descolonizadoras del archivo mundial*, es una obra, dentro del campo de la Documentación, extraordinariamente innovadora en la que se exponen argumentos -sólidamente justificados- que derriban de un solo golpe demoledor las teorías documentales más tradicionales y tradicionalistas que nos anclan al pasado. El autor se adentra en un amplio análisis sobre la construcción de la memoria histórica, cuestionando las aparentemente sólidas estructuras mentales de quienes hemos sido educados en un ambiente de corte ilustrado, positivista y dogmáticamente democrático, que nos lleva a tener una visión encorsetada -políticamente dirigida- de los acontecimientos que registramos como fuentes de referencia histórica.

Escrita desde una óptica socio-filosófica-documental, la lectura de esta obra no deja indiferente al lector, quien, a medida que se adentra en sus páginas, se hace cómplice del autor, sintiendo la necesidad de partir de cero en los estudios de la exomemoria quizás en un inconsciente afán de buscar nuevos caminos que nos hagan ser menos neutrales, o menos "dirigidos" por los poderes fácticos, a la hora de edificar nuestra historia. El autor en las páginas de su libro propugna que la objetividad -casi automática- del mediador de la memoria, que siempre se ha defendido a ultranza desde el ámbito de la Documentación, debe dejar también su espacio vital a la subjetividad, al posicionamiento moral del documentalista en el registro de la memoria.

Libro revolucionario en cuanto al estudio de la memoria colectiva, en él se defiende, en un discurso bien trabado en sus pilares y fundamentado en una vasta bibliografía, un nuevo itinerario que permita el desbloqueo y avance de la investigación en el terreno documental de la representación y organización del conocimiento, algo cada vez más urgente dadas las nuevas necesidades de la sociedad de la información.

La obra prologada por Gonzalo Abril, Catedrático de la Universidad Complutense de Madrid, está dividida en seis capítulos, todos ellos unidos por el hilo conductor del análisis

conceptual de la Cultura. Para una más clara exposición iremos esbozando separadamente cada uno de estos capítulos para terminar realizando una valoración global de la obra.

El primer capítulo *-Lógica demarcacionista: lo ilimitado y otros contratiempos epistemológicos-* introduce al lector en la temática abordando diversos aspectos generales relativos a la vieja organización teológica o humanística de archivos y colecciones, una organización restrictiva e ineficaz ante los nuevos compromisos de la memoria digital. Así pues, el autor cuestiona aspectos instaurados en las teorías documentales tradicionales como el demarcacionismo racionalista, la obsesión por la coherencia cognitiva o el pueril afán de la Documentación de representar la realidad de manera “objetiva” y neutral. En este primer capítulo García Gutiérrez aboga por una nueva filosofía democrática de la memoria, consistente en ensamblar las diversas perspectivas socioculturales, tecnológicas y cognitivas, introduciendo una *cooperación compleja, práctica y abierta entre los estudios de la Exomemoria y los estudios críticos de la Cultura y de la Comunicación*.

El segundo capítulo *-Sobre biomemoria y exomemoria como paradojas de la temporalidad-*, ahonda en la respuesta a dos cuestiones que el autor se formula al principio del capítulo: *¿qué entendemos por memorizar y qué relaciones existen entre memoria biológica y exomemoria como sinónimo de conocimientos?* Rompiendo con la formulación tradicional de “fuentes históricas”, García Gutiérrez se adentra en un análisis reflexivo sobre la noción biológica de la memoria, los esquemas naturales de la exomemoria y en la percepción social del pasado, del presente y del futuro, demostrando y poniendo de relieve la imbricación entre estos “tiempos”, pues: *el tiempo cambia el recuerdo. Lo distorsiona y adapta al presente. [...] también la memoria ejerce su vieja autoridad sobre el presente ya que los conocimientos adquiridos previamente operan en la selección y ordenación de nuevo conocimiento.*

En el capítulo tercero *-De la crítica al multiculturalismo a una hermenéutica de la transcultura-* García Gutiérrez aborda la naturaleza compleja, tanto léxica como semántica, del término *multiculturalismo*, y propone el uso, en lugar de este término, de otro más conveniente como es el de la *transculturalidad*, el cual no reconoce, a diferencia del multiculturalismo, una línea demarcacionista imaginaria entre las culturas. A lo largo de las páginas de este capítulo se cuestiona la cultura como elemento diferenciador de los pueblos y de la que se derivan o nutren los tópicos, unos tópicos que influyen de manera indiscutible en la construcción de la exomemoria. Por ello el autor defiende la conveniencia de amortiguar las consecuencias negativas de tales tópicos *generalizantes y absurdos*, esforzándose también el documentalista, a la hora de efectuar su análisis documental, en *detectar y exponer los canales y textos que enuncian prejuicios raciales, culturales y de género*. Es necesario, en palabras del autor, un *“antídoto de tópicos”*, antídoto que extrae del *paradigma de inferencia indiciaria*, al que dedica un apartado, y según el cual *la autenticidad de las culturas (o de los discursos) tal vez se muestre en los rasgos menores y desapercibidos a simple vista y no en eslóganes y consignas grandilocuentes*. Con esta tesis, García Gutiérrez hace tambalear la tradición asentada en Documentación de que el trabajo desarrollado por el documentalista ha de ser aséptico y neutral.

El cuarto capítulo –*Dogmatismo y pluralismo en la organización de la memoria*–, centra de manera más detenida su reflexión en el propio título del libro: “*otra memoria es posible*”. El autor argumenta que se pueden dar modos *alternativos de conservar y narrar las realidades construidas sobre el pasado*, pero para ello se requiere primeramente de un cambio radical de actitud en quienes damos forma a la memoria histórica. Una actitud, la de los mediadores de la memoria, que debe dejar de ser pasiva, modelada por los poderes fácticos, para convertirse en una actitud siempre vigilante, reflexiva, participativa y comprometida con aquellos hechos que son o serán categorizados de históricos, pasando, de este modo, a formar parte de la memoria colectiva o, más allá, de la exomemoria. Y es precisamente a analizar el modo de conformar o construir esta nueva actitud crítica, a como debe ser ésta trazada, a la que el autor dedica los tres epígrafes que componen este capítulo, y en los que nos habla respectivamente: por un lado, de la racionalidad, la emotividad y la hecatombe que demarcan nuestras tomas de decisiones; por otro lado, de la necesidad de buscar un punto medio, de confluencia, entre el rizoma (propio de la memoria natural) y el sistema jerárquico y organizado (propio de la exomemoria), punto del que deben emerger las diferentes configuraciones de redes participativas de representación y organización del conocimiento, redes éstas respetuosas con el principio de transculturalidad y que, a juicio de García Gutiérrez, constituyen *la única y plena salida honrosa para la memoria humana*. El autor concluye este cuarto capítulo con un último epígrafe en el que revela la esencia (*quidditas*) y la naturaleza distintiva (*haecceidad*) de la exomemoria.

En el quinto capítulo –*Hacia una tecno-ética práctica de la mediación. Operadores complejos y transculturales*–, García Gutiérrez emprende un análisis de los operadores empleados en la representación y la búsqueda documental de información automatizada. Para construir una exomemoria flexible y libre de prejuicios, el autor propone, junto a los operadores semánticos clásicos (operadores de proximidad, de jerarquía, de sinonimia y de asociación) que *reproducen la lógica y los objetivos del poder dominante*, el empleo de otros dos tipos de operadores tecno-ético: el *operador complejo*  $\square$  y el *operador transcultural*  $V$ , que *ayudarían hipotéticamente a romper con los esquemas de dependencia unilaterales y homogeneizantes* al liberar al mediador de su impuesta neutralidad, permitiéndole expresar su opinión y valoración al analizar las informaciones. El autor explica la función de ambos operadores apoyándose para ello en ejemplos actuales de diversidad de pensamiento y de expresión –lingüística- cultural (el uso del burkha, el término terrorismo, etc.).

En el sexto y último capítulo –*Gesto con la tierra quemada*–, García Gutiérrez hace una recopilación, a modo de conclusiones, de las principales argumentaciones –aportaciones– que ha defendido a lo largo de las páginas de su libro, dejando la puerta abierta a nuevas investigaciones, encaminadas a probar la validez y eficiencia de los nuevos operadores (*operador*  $\Delta$  y *operador*  $V$ ) ideados por él y esbozados tan sólo en esta obra.

En conclusión, podemos decir que estamos ante una obra admirable por la calidad de su investigación, fraguada en la lectura de multitud de fuentes no convencionales en el ámbito documental, y la solidez de su argumentación. Libro de denso contenido temático y escrito en un lenguaje muy especializado que a veces, incluso, llega a dificultar la comprensión, en él se exponen ideas innovadoras, que, aunque en ocasiones parezcan derribar muchas

tradiciones de la Documentación, en realidad pretenden abrir nuevos derroteros por los que también deben caminar los modernos estudios de esta disciplina. Así pues, se trata de una obra, a tenor de lo dicho, que podríamos considerar como iniciadora de una nueva corriente de estudios en el ámbito documental.

M<sup>a</sup> ÁNGELES LÓPEZ HERNÁNDEZ



---

## Reseñas de Revistas

---

**COMMUNICATIONS. Le sens du regard. Numéro dirigé par Claudine Haroche et Georges Vigarello, num. 75 (enero, 2004).**

El objeto de este volumen, según se desprende de las palabras de presentación de sus directores, es abordar, en una doble perspectiva diacrónica y sincrónica, un estudio transdisciplinar de la mirada, que abarca desde la antropología a la política y de la psicología a la moral, cuya oportunidad se justifica por la actual omnipresencia de la imagen hasta dar la impresión de haberse convertido en nuestro universo; como un corolario de este hecho, asistimos hoy al triunfo extremo de la vista sobre los otros sentidos, en paralelo con esa difusión extrema de la imagen.

Una precisión pertinente establece que la vista no es todavía la mirada, ya que ésta requiere una tensión, una atención particular que permite que se le atribuyan calificativos tan variados como “modesta, malvada, inquietante, enternecedora, ingenua...” y que pueda llegar a ser “elemento de poder, de fascinación o de servidumbre”.

En definitiva, se sitúa la mirada en el centro de los procesos de comunicación, subrayando con énfasis la importancia de la subjetividad, tanto del emisor como del proceso de recepción porque, como aseguran Haroche y Vigarello, el estudio de la mirada en su perspectiva histórica no es dissociable de la formación de la subjetividad del conocimiento de sí y de los otros.

El volumen comprende dieciséis estudios que se estructuran en cuatro bloques por afinidades metodológicas y temáticas. Un primer conjunto de estudios analiza la evolución de la mirada en perspectiva histórica: G. Vigarello “Du regard projeté au regard affecté” estudia la evolución de la mirada en los ss. XVI y XVII como una acentuación de la interioridad, en la medida en que pasa de ser una proyección luminosa procedente del ojo a un reflejo emocional. F. Delaporte, “Le miroir de l’âme” insiste en la función expresiva de la mirada en la época clásica, que considera al ojo, simultáneamente, espejo del alma e instrumento de su lenguaje. Por su parte A. Vincent- Buffault analiza cómo influyen en las maneras de mirar y en los relatos que las restituyen las nuevas experiencias urbanas, durante los ss. XVIII y XIX.

S. Pérez, “Illustrat dum respicit. Réflexions sur le regard de Louis XIV” y A. Colonomos “La froideur du regard impassible des États”, analizan, a partir de retratos de grandes di-

gnatarios, la mirada como reflejo de dispositivos de poder en la corte de Luis XIV y en el distanciamiento amoral de las relaciones internacionales.

Por su parte, E. Taïeb, “L’execution soumise au regard” plantea interesantes observaciones sobre la contemplación de ejecuciones públicas y sobre la mirada como espectáculo y la mediatización televisiva de las ejecuciones.

Una entrevista de F. Hérítier con C. Haroche plantea, desde la perspectiva antropológica, cómo la mirada es objeto de aprendizaje y vínculo de las relaciones de poder, y abre un segundo bloque metodológico en el que G. Koubi “Au regard des lois; le regard hors les lois” explica cómo, a pesar de las agresiones físicas, psíquicas o verbales, conflictos sociales y litigios interpersonales pueden tener su origen en una mirada que un ojo lanza y otro capta, la cualidad y significación de la mirada son indefinibles en derecho, porque el derecho retiene el acto y olvida la mirada.

Cierra este bloque S. Bressler, “Le non regard en littérature” que subraya como privilegiado el testimonio del ciego sobre la elaboración de la mirada y que el invidente cuestiona la centralidad de la mirada en las relaciones humanas.

C. Haroche “Façons de voir, manières de regarder dans les sociétés démocratiques contemporaines” abre un nuevo bloque con esta reflexión sobre el papel de la mirada en las sociedades democráticas contemporáneas que sostiene que maneras de sentir y maneras de mirar no son disociables. P. Denis y L. Deroche-Gurcel aportan sendos estudios sobre la mirada desde la perspectiva del pensamiento freudiano, en tanto que V. Nahoum-Grappe, “Les choses échappées a la vue” estudia la sobre exposición de ciertos objetos y la desaparición de la vista de otros, en la construcción, mediante un dispositivo semántico, de estereotipos discursivos reconocibles, a partir del análisis de conversaciones contemporáneas.

En fin, cierran el volumen tres estudios que tienen a la televisión como centro de atención. En una entrevista con C. Haroche y G. Vigarello, O. Mongin resalta el dominio de la televisión, entre la multiplicidad de pantallas e imágenes que dominan nuestra sociedad, y sostiene que en los modelos televisivos se sustituye una relación de alteridad por otra en la que se impone la proyección de sí sobre la pantalla. G. Soulez, “Télé notre regard” indica que es desde la perspectiva de la recepción como se modifica la relación con las imágenes que propone la “tele-realidad”. Por último, L. Sfez, “Une télévision sans regard” explica que la resistencia de la TV, que no cede nada a los nuevos medios, se debe a que el espectador no mira la TV, sino que encuentra en la proyección de un flujo de imágenes un lugar para la pereza, en tanto que los otros medios se emplean en hacer actuar.

En suma, un interesante conjunto de estudios que constituyen un modelo metodológico de análisis del hecho comunicativo, con especial referencia a la función de la subjetividad del emisor y del receptor.

## HISTORIA Y COMUNICACIÓN SOCIAL. Vol. 7 (2002) y Vol. 8 (2003).

“El hecho de publicar, aunque sea una vez al año, una revista científica supone un esfuerzo colectivo que muchas veces no consigue alcanzar los ambiciosos objetivos con que nacen este tipo de publicaciones”, dice el director de *Historia y Comunicación Social*, Alejandro Pizarroso, en la Presentación del volumen 7. Sin embargo, la modestia de estas palabras no parece justificada por los resultados obtenidos en este número, uno de los más logrados de la colección.

El Departamento de Historia de la Comunicación Social de la Universidad Complutense ofrece en esta ocasión un volumen de miscelánea, donde además se olvida la distribución por materias de números anteriores y los trabajos aparecen dispuestos según el orden alfabético de los apellidos de sus autores – lo que nos parece, no obstante, renunciar a un criterio de descripción temática interesante para los lectores -. Son catorce los artículos contenidos en el volumen, todos ellos de una extensión media considerable, lo que hace que la presentación final del número resulte quizá excesivamente densa; no obstante, la distribución en largas páginas de texto corrido con pocos blancos, poco juego tipográfico, y muy esporádicas ilustraciones, parecen apuntar básicamente a un público lector de especialistas, integrado por investigadores universitarios en el campo de la Historia General o en las disciplinas del tronco de las “historias” de la comunicación, del periodismo, la propaganda, el cine, etc.

A este grupo de expertos la revista le ofrece, en este número más que en otros, como se ha insinuado, una interesante colección de trabajos. A diferencia de lo que ocurría con volúmenes precedentes, donde la relativa abundancia de estudios sobre aspectos quizá excesivamente minoritarios de la comunicación social – minoritarios por el ámbito geográfico en el que se daban, o por el conjunto de especialistas a los que podía en principio interesar el aspecto particular analizado – restaba utilidad a la revista, en este volumen aparecen artículos sobre tópicos presentes en todos los currícula académicos de nuestras facultades, como el dedicado a la *Areopagítica* de Milton y su influencia en la Primera Enmienda Norteamericana, firmado por Amparo Martínez Guerra, y el que explica la evolución desde la *Gaceta de Madrid* al actual *Boletín Oficial del Estado*, escrito por Sara Núñez de Prado. Ambos serán material de uso obligado en las aulas de Historia del Periodismo o de la Comunicación Social.

Por otro lado, el número 7 persiste en la política de recuperación de la memoria histórica sobre la Segunda República española, la Guerra Civil y el franquismo, que eran objetivo monográfico del volumen anterior de la revista, con interesantes trabajos como “Propaganda turística y estatal en España a través de sellos y billetes” (Beatriz Correyero), “Control y represión en Zamora (1936-1939)” (Laura de Dios), “España es noticia. La actualidad española en la prensa centro-oriental” (Matilde Eiroa) y “La colonia penitenciaria de Villa Cisneros. Deportaciones y fugas durante la Segunda República” (Guadalupe Pérez García).

Otros artículos complementan la oferta de este volumen en el poco transitado campo de la historia de la comunicación audiovisual: “La comedia de magia como precedente del espectáculo filmico”, de Rafael Gómez, “El relato audiovisual: del relato clásico al relato

interactivo”, de Inmaculada Postigo; y “Cine japonés: tradición y condicionantes creativos actuales”, de Ana María Sedeño.

El volumen 8, correspondiente al año 2003, no alcanza globalmente considerado el nivel de calidad del número precedente. Los quince artículos que contiene figuran de nuevo colocados según el orden alfabético de los apellidos, restando como decimos inteligibilidad en una posible lectura general del volumen, sobre todo cuando hubiera sido fácil agrupar estos trabajos según tres grandes núcleos de interés.

Primeramente podemos reseñar los artículos dedicados a la revisión histórica del franquismo, en lo que ya se ha indicado como una auténtica política historiográfica de la revista, en artículos como “La propaganda turística española en los años del aislamiento internacional” (cuya autora es de nuevo Beatriz Correyero), “El transmisor cotidiano. Miedos, esperanzas, frustraciones y confusión en los rumores de una pequeña ciudad de provincias durante el primer franquismo” (por Roberto G. Fandiño), “Aproximación al estudio de las publicaciones sindicales españolas desarrolladas durante el franquismo (1936-1975)” (por M<sup>a</sup>. Silvia López Gallegos) y “La falacia histórica sobre la colonia de Ifni” (nuevamente, de Guadalupe Pérez García). Creemos que estos trabajos sirven como exponente de una tendencia ya consolidada entre los jóvenes investigadores españoles tanto en el terreno de la historia general como en el de las particulares historias de la comunicación, que vuelven sus ojos con interés ya libre de pudores y prejuicios hacia el pasado reciente del país. En todos ellos es común el mérito de trabajar con fuentes documentales amplias y diversas, pues más allá de la consabida recurrencia a los medios impresos del periodo como fuente histórica, se utilizan con frecuencia los datos aportados por grandes archivos como el de la Administración de Alcalá de Henares u otros muchos de diferentes organismos locales, provinciales y nacionales.

Otro grupo de trabajos, quizás menos novedosos en su andamiaje metodológico pero igualmente útiles, se dedican a tareas básicas de la investigación en el campo, aportando datos que permiten ampliar nuestro conocimiento sobre determinados segmentos de la historia de los medios de comunicación, como en el caso de “El eco de la prensa de los orígenes de la radio en Pontevedra” (Aurora García); “The first Hebrew newspapers in Europe” (Gildeon Kouts); “Políticas de comunicación en la España multimedia” (M<sup>a</sup>. Antonia Martín) y “Cuando España llama a rebato. Militares y periodistas en Perejil” (Pablo Sapag). Este último es una inteligente y fresca aproximación al estudio de la propaganda realizado por un profesional del periodismo de guerra.

El volumen 8 de *Historia y Comunicación Social* cuenta además con el valor añadido de publicar dos interesantes trabajos sobre historiografía; el primero está dedicado a recuperar la trayectoria científica y política de los historiadores marxistas del siglo pasado en Reino Unido, “La Historia Social británica: Memoria de una contribución colectiva” (por Gutmaro Gómez); la segunda, revisa con exhaustividad y atinado juicio crítico la contribución de los investigadores españoles en el campo de la Historia de la Comunicación: “La renovación de la historiografía de la comunicación social en España” (por Julio Antonio Yanes).

Finalmente, la calidad media del volumen y de la colección se resienten, en nuestra opinión, incluyendo trabajos de débil andamiaje teórico, más cercanos al ensayo que al artículo científico, aunque dedicados a tópicos de indudable interés por su actualidad y sus graves implicaciones políticas y sociales, como son “Hugo Chávez y los medios de comunicación: la guerra *hiperreal* venezolana” (Javier Castillo); “El desafío de Lula frente a los medios de comunicación de Brasil” (Verbena Córdula); “La falsificación de las relaciones públicas en el autogolpismo latinoamericano: el caso Fujimori” (Carmen Fernández); “Perspectiva histórica de la República en España” (Carlos Hermida). Alguno de estos últimos trabajos se presenta además con graves deficiencias formales; que, junto a las continuas erratas hacen prácticamente ilegible el artículo “La recuperación de los monumentos históricos para acrecentar el turismo”, de la bien conocida y excelente investigadora Rosa Cal.

### **JOURNALISM HISTORY. vol. 28 (2002) y vol. 28 (2003)**

Los ocho números que componen los volúmenes 28 y 29 de la revista norteamericana *Journalism History* sirven para confirmar a ésta como una de las mejores revistas especializadas en Historia del Periodismo. A lo largo de estos dos años, 2002 y 2003, con una dirección recientemente renovada en la persona de Patrick S. Washburn, la publicación ha mantenido una línea de extraordinaria coherencia, sacando a la luz, además de numerosos trabajos interesantes, una verdadera propuesta metodológica para el estudio de la disciplina.

Es justamente esta última cuestión – la opción metodológica que se deduce de los trabajos seleccionados – lo que hace a la revista extraña en relación a los objetivos y las prácticas de la investigación europea en general, y española en particular. *Journalism History* se aproxima en efecto al periodismo del pasado con un interés que tiene mucho menos que ver con la motivación arqueológica en sí que con las preocupaciones por los grandes temas de la contemporaneidad. Entonces, resultan especialmente abundantes los trabajos relacionados con las grandes cuestiones del género y la raza: varios artículos a lo largo de estos ocho números privilegian este enfoque, analizando por ejemplo la lucha de los periódicos *negros* en EEUU por conseguir tras la Segunda Guerra Mundial lo que se llamó la “doble V” o doble victoria, la de la destrucción del fascismo y la del reconocimiento de la igualdad racial (“It’s Time to Force a Change: The African-American Press’ Campaign for True Democracy during World War II”, de Earnest L. Perry Jr., Vol. 28, nº. 2); o estudiando la incorporación de la mujer a las tareas informativas en la televisión norteamericana a partir de los ’70 y a partir también de las emisoras locales donde éstas tenían una excelente acogida por parte del público (“Gender Breakthrough Fit for a Focus Group: The First Women Newscasters and Why They Arrived in Local TV News”, de Craig Allen, Vol. 28, nº. 4). Algún artículo combina incluso dos enfoques de gran actualidad al preguntarse por el tratamiento que se dio a los problemas medioambientales en la prensa femenina de principios del siglo XX también en USA (“The Environmentalism of Edward Bok: The *Ladies’ Home Journal*, the General Federation of Women’s Clubs, and the Environment, 1901-09”, de Jan Knight, Vol. 29, nº. 4).

El interés por la prensa de las minorías o sobre las minorías va más allá de los tópicos del género y la raza y alcanza también a las cuestiones sociales y políticas. Son varios los trabajos relativos a la prensa y su compromiso con los derechos civiles en los conflictivos años sesenta de EEUU, y la prensa de los americano-japoneses confinados en campos militares durante la II Guerra Mundial da tema a dos artículos. Otros interesantes trabajos con decididas implicaciones políticas tratan de un juicio erróneo por el que el FBI acusó de comunista a un periodista americano (“Seeing Red: the FBI and Edgar Snow”, de Stephen J. Farnsworth, Vol. 28, nº. 3) o de las estrategias de relectura de la historia en clave *roja* en la prensa socialista americana de principios de siglo pasado (“Lincoln was a “Red” and Washington a Bolshevik: Public Memory as Persuader in the *Appeal to Reason*”, de Janice Hume, Vol. 28, nº. 4), o se preguntan por la parte de responsabilidad que correspondió a la televisión en el cálculo fatal que la sociedad americana hizo acerca de las posibilidades de victoria en Vietnam (“The Peril of the Unheeded Warning: Robert F. Rogers’ *Vietnam: It’s a Mad War*”, de Thomas A. Mascaró, Vol. 28, nº. 4); debemos agradecer quizás a sus editores el espíritu plural con el que se seleccionan los trabajos, en plena era de triunfo de la mentalidad más conservadora en la primera democracia del mundo.

Pero lo que más llama tal vez la atención al lector europeo es la preferencia abrumadora por el enfoque biográfico: son mayoría los artículos de estos dos volúmenes que se estructuran en torno al seguimiento de los avatares personales de periodistas o editores. Por ejemplo, la trayectoria vital de una mujer periodista cuya carrera languideció como consecuencia del matrimonio y la maternidad se relata prolijamente en el trabajo de Susan Henry, “Ruth Hale: A *Passionate Contender* Caught in a *Curious Collaboration*”, Vol. 28, nº. 1; en la misma línea se inserta el estudio “Frontier Feminism and the *Woman’s Tribune*: The Journalism of Clara Bewick Colby”, Vol. 28, nº. 3; el caso de Percy Greene, periodista negro y colaborador con organismos que perseguían a los defensores de los derechos civiles es analizado en “Percy Greene and the Mississippi Sovereignty Commission” (Vol. 28, nº. 2); o se recuerda un episodio en la historia de la afirmación de la Primera Enmienda de la Constitución Americana utilizando la figura histórica de Herman Lynn Womack, editor de prensa pornográfica para homosexuales (“Herman Lynn Womack: Pornographer as First Amendment Pioneer”, de Rodger Streitmatter y John C. Watson, Vol. 28, nº. 2).

En esta misma línea, el volumen 28 en su último número propone una iniciativa interesante, pues ofrece la revista para que se den a conocer archivos documentales relacionados con la historia del periodismo: en esta primera ocasión se presenta la “Women in Journalism Oral History Collection of the Washington Press Club Foundation”, un archivo sonoro con entrevistas a sesenta mujeres periodistas norteamericanas.

Este giro hacia los enfoques *microhistóricos* se comprueba también en una interesante propuesta, la del profesor W. Joseph Campbell titulada “1897: American Journalism’s Exceptional Year”, y que es, en efecto, una historia total de un momento parcial de la historia del periodismo americano, el año 1887, marcado por la competencia entre los modelos de prensa de Pulitzer y Hearst en Nueva York.

Otro campo favorecido por la investigación es el del fotoperiodismo, con hermosos trabajos dedicados a la revista *Life* o la fotografía de Norman Rockwell para las portadas de *The Saturday Evening Post*. Finalmente, la revista muestra un interés reiterado por la dimensión comunicativa y profesional de las relaciones públicas, con números dedicados casi monográficamente a estas cuestiones como el primero, correspondiente a la primavera, del volumen 29.

El lector europeo puede quedar sorprendido por la ausencia de enfoques más *clásicos*, como los propios de la historia social que siguen siendo predominantes en la investigación a este lado del Atlántico. Como excepción, debe mencionarse el artículo “The Diffusion of the Urban Daily, 1850-1900”, de Ted Curtis Smythe, en el número 2 del volumen 28, donde se contrastan diversos criterios para medir la difusión de los periódicos en el XIX y se llega a interesantes conclusiones que revisan algunos asertos mantenidos hasta ahora por los especialistas.

La lectura de *Journalism History* resulta por tanto, número tras número, un ejercicio sugerente. La revista logra mantener un alto nivel de calidad en sus contenidos, a la vez que mejora paulatinamente su presentación, incluyendo de manera creciente reproducción de dibujos, grabados, fotografías, páginas de periódicos... Es una lástima que el marcado carácter nacional de la revista – obsérvese que no hemos mencionado ni un solo trabajo dedicado a un fenómeno periodístico europeo, como tampoco los hay dedicados al periodismo africano, sudamericano u asiático – resten interés a la revista a los ojos del lector europeo.